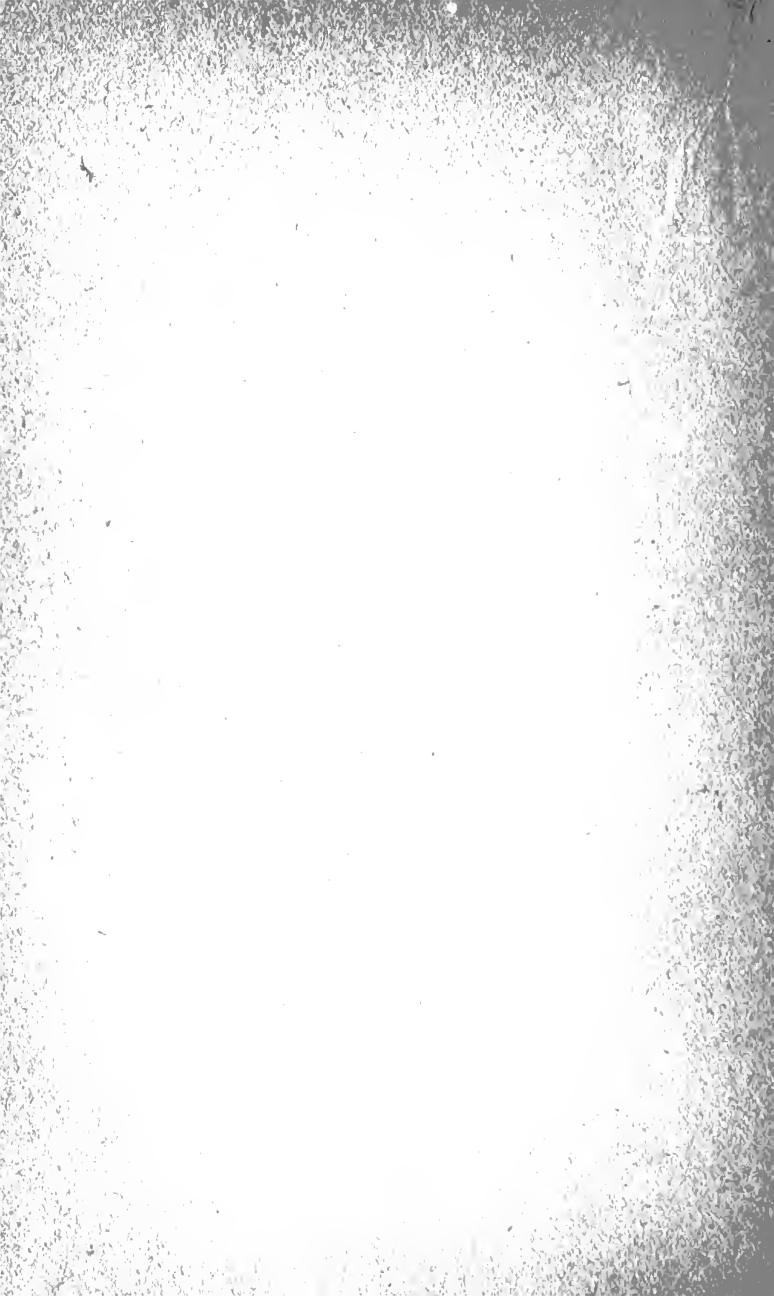


JOSÉ ENRIQUE RODO



Si hay en América un escritor de ideas de virtualidad transcendente capaz de sugerir, de enseñar, de adoctrinar, de esparcir en las almas los gérmenes luminosos de posibles renovaciones individuales y colectivas, es, sin disputa, el autor eximio y ya consagrado de *Motivos de Proteo*. Alejado por completo de la influencia enervante de escuelas ó cenáculos, labora con desinterés absoluto, sin pueriles engreimientos de vanidad personal, en el ingente empeño de crear un ambiente espiritual americano, de médula hondamente humana, propicio á la eflorescencia permanente de iniciativas nobles y prolíficas. Sus méritos como educador social, como intelectual de innegable influencia en la juventud hispanoamericana que estudia con ahinco cuanto converge á propósitos de reconstrucción científica y coherente de puntos de vista nocivos imperantes todavía, como artista dueño de los secretos que imprimen ritmo y colorido á la palabra escrita, están ya, puede afirmarse, por encima de toda discusión. Saturado su espíritu perdurable é in-

tensamente de un sano y vivificante eticismo de suprema y redentora eficacia, no se advierten en él las complejidades anímicas que en no pocas ocasiones dificultan la apreciación crítica de una personalidad intelectual de bien justificada nombradía. Bastante se ha discurrido ya sobre la personalidad de Rodó al analizar concienzudamente los principales aspectos de ella, siempre en proceso de actividad intelectual y afectiva. En su visión serena y ecuánime de las cosas no hay nunca desbordados encrespamientos pasionales, ni el incendio devastador de rencores y de odios. Acaso le falte una que otra vez el grano de ironía necesario en todo gran escritor que observa muchas flaquezas y debilidades de la realidad social circundante. Su actuación intelectual es como un lago de aguas azules y tranquilas, apenas rizado por la brisa apacible de la tarde. Su vida se dilata en un exclusivo sentido de bien y de belleza, que se condensa en el ejercicio de un benéfico apostolado espiritual y en mostrar á los que vagan extraviados por la obscura y dolorosa ruta de egoísmos torpes y malsanos la senda salvadora, ó que considera sinceramente como tal. Su verbo encendido repercute con intensa fuerza comunicativa en toda la inmensa extensión continental americana de habla española. Se le admira y se le ama. La diatriba no ha zumbado á su alrededor. El desatado oleaje de imputaciones calumniosas no ha llegado á salpicar el sólido

pedestal en que se yergue su figura simpática y gloriosa. En este estudio propóngome expresar sinceramente, sin pretensiones de acierto, cuanto pienso y siento acerca de la obra intelectual del insigne escritor uruguayo.

### SU FILOSOFÍA

En nuestra mentalidad aun atiborrada de modos de ver y de entender anticuados, persiste la creencia de que sólo merece en realidad el nombre de filósofo quien alcanza á encerrar en los límites más ó menos amplios de una concepción metafísica su visión personal del mundo y de la vida. Para la mayoría sólo pueden llamarse filósofos los grandes creadores de sistemas, los constructores de vastos monumentos metafísicos, un Platón, un Leibnitz, un Kant, un Hegel, pongo por caso. Entendida de esa manera, Rodó no tiene una *filosofía*, es decir, una metafísica que pretenda encerrar en sus imprescindibles limitaciones cuanto atañe al ser y el conocer, cuanto se encamina á formular una síntesis de la vida universal lo más amplia y satisfactoria posible. Pero sin llegar á tales sistematizaciones, es y puede apellidarse filósofo cualquier espíritu que atraído por el espectáculo de la vida en todas sus mani-

festaciones y en todos sus más recónditos modos de producirse, quiera subjetivamente explicarse tales cosas. Por el solo hecho de rastrear esa explicación, poniéndose en íntima comunión con la vida así considerada, da ese espíritu á su pensamiento investigador carácter fundamentalmente filosófico. Cuantos, en determinado sentido, ponemos nuestras facultades intelectuales y afectivas en relación con lo infinito, pidiéndole la revelación de sus misterios, podemos considerarnos como filósofos. El concepto cosmológico parece preocupar escasamente á Rodó. Su visión de la realidad es de esencia puramente psicológica. Radica en cierto dinamismo personal, algo ecléctico, que busca en una especie de *devenir real* bergsonianos, fundamento para sucesivas y bien determinadas creaciones espirituales. Tal manera de ver excluye, ó parece excluir, la acción de un determinismo cósmico aceptado generalmente, aunque ya combatido con vigorosa dialéctica por Boutroux y otros filósofos de bien merecido prestigio. Pero dentro de ese determinismo podemos y debemos fabricar nuestra libertad y proceder en consecuencia, como lo hace Rodó al darle finalidades pragmáticas en un sereno y bien depurado eticismo. Poco importa para los efectos que esa libertad sea realmente pura ilusión. Obremos como si no lo fuera, en un sentido de creación incesante de prolíficas orientaciones íntimas y colectivas. Tal *devenir* constante, tal pe-

culiar manera de vislumbrar la vida como sucesión de estados de alma, de formas cambiantes del desenvolvimiento psíquico, imposibilita desde luego cualquier propósito de restringida sistematización filosófica, de carácter más ó menos estático.

El problema del conocimiento—punto capitalísimo de toda investigación filosófica—, desde cualquier punto de vista que se le considere, reposa y reposará en la afirmación de que la única realidad posible es la que pensamos y sentimos en nosotros, la que podemos aprehender con los medios y recursos de nuestro mundo interior. El dinamismo psicológico de Rodó es la antítesis de cualesquiera clase de dogmatismos y de puntos de vista basados en una lógica estática, monística, integrada por categorías mentales de límites infranqueables, que no es, por cierto, la lógica personal, inconfundible, la lógica de las realidades sensibles, que se suceden indefinidamente en nosotros. Por imposiciones de su manera de ver y entender estas cosas no le sucederá á Rodó, como á tantos otros, que, después de sucesivos tanteos y radicales negaciones, reclinaron la cabeza atormentada, constreñidos por el ansia angustiosa del reposo definitivo, en la dura almohada de una concepción filosófica de urdimbre rigurosamente dogmática. Él se ha detenido en el umbral del misterio, sin pretender dar un paso más, convencido de la radical impotencia

de nuestros esfuerzos para encontrar fondo, con la sonda del pensamiento, en la mar sin orillas de lo desconocido, donde, sin dejar escapar el más leve hilo de luz, vagan las densas sombras que envuelven el inescrutable enigma del destino humano. De ahí que su concepto psicológico evolucione en el sentido de una discontinuidad de aspectos que le permite franco acceso á una serie de concreciones pragmáticas, de indiscutible y benéfico influjo en el progresivo desenvolvimiento del espíritu humano. Esa discontinuidad de aspectos supone siempre una perfecta y bien precisada convergencia espiritual.

### EL PENSADOR

En sus producciones se destaca, plena de luz, la austera figura del pensador. Lo es en toda la genuina y cabal extensión del concepto. Iluminado por el resplandor de una idea, busca otras afines menos visibles y las enlaza con lógica y cierta flexibilidad mental hasta elevarse á un concepto general comprensivo de cierto número de verdades ó de cosas consideradas como tales. Su mirada escrutadora no se pára nunca ante el muro de resaltantes exterioridades. El aspecto material de los hechos no absorbe, ni con mu-



cho, su actividad investigadora. La idea sólo le avasalla y enamora cuando, mediante un proceso de fina dialéctica, la despoja de convencionalismos momentáneos, la desviste, por decirlo así, de ciertos efectos sociales hasta llegar á contemplarla en toda su olímpica desnudez. El mundo intelectual no es para él una mera sucesión de conceptos ó abstracciones mentales. Á cierto sentido conceptual, en muchos casos imprescindibles, vincula sin radicalismos exclusivos, modalidades muy acentuadas de su sér sensible. De esa manera, enlazando ambos extremos, lo intelectual y lo afectivo, parece llegar hasta el fondo mismo de la vida. Por condiciones de estructura íntima, su visión es de continuo optimista. De ahí su alto valor educativo, constructivo. El pesimismo, siempre negativo, socava, disuelve, destruye. No puede edificarse nada estable en la vida social sin un sentido rotundamente afirmativo de ciertas cosas espirituales. Él sabe perfectamente la inutilidad de cuanto intentemos, por la radical extirpación de muy sombrías formas del sufrimiento humano, radicadas en lo más íntimo del ser individual. Pero no es obra superior á nuestras fuerzas, aliviar y aun ennoblecer esos dolores. El hombre no es, como afirma Hobbes, malo *ad nativitate*. En muchos casos es materia propia para modificaciones y mejoramientos. El pensamiento de Rodó, en actividad creadora incesante, esclarece la vía de esas modificaciones y mejoramien-

tos. Como pensador estudia todo eso desde puntos de vista magistralmente escogidos, de un eticismo muy amable y muy humano. No es posible negar que cualquier realidad que provoque nuestra sensación se deforma en nosotros al traducirse en formas intelectuales ó sensibles. Hay que orientar nuestra existencia individual por los rumbos luminosos á que la experiencia humana, un criterio razonado y la irradiación integral de la sensibilidad, han concedido un valor perdurable y prolífica eficacia. Así es, en su proceso de evolución íntima, el criterio ético del autor de *Motivos de Proteo*. No es obra de pensador considerar la vida como un mal, sino contemplarla cual es ella, libre de deformaciones, de injustificables convencionalismos y de seculares preocupaciones. Ni considerarla como si fuera obra maléfica ni amarla con fruición hedonista, con refinada voluptuosidad epicúrea. Hay que buscar y tomar de ella lo que buenamente pueda darnos, lo que resulte de reconocida utilidad para nuestra existencia espiritual... Nuestro pensamiento, sin desgaste de la personalidad, debe, evolucionando cotidianamente, hacernos cada vez más dignos de más nobles y viriles empeños.

Su obra de pensador revela cierta insuperable ecuanimidad espiritual en que se adunan admirablemente el sentido de ciertos aspectos de la realidad objetiva y una visión de alta clarividencia idealista que colorea suave y bellamente esos

aspectos, sin empequeñecerlos ni desfigurarlos. Su espíritu parece conservarse inmóvil, sin menoscabo, en medio de la corriente vertiginosa del tiempo, que nos lleva sin que casi nunca paremos mientes en ello, preocupados en la mezquina lucha de intereses efímeros en que gastamos nuestras mayores actividades. Pero su más alto timbre de pensador, de enhebrador experto de ideas provechosas, de adoctrinador desprovisto de acrimonia y de ninguna finalidad utilitarista, es poseer en grado sumo la envidiable y rara facultad de adaptarse momentáneamente, mientras lo exijan las necesidades de su prédica ó de su enseñanza, á estados de alma diferentes y complejos, á menudo en discordancia con su manera de ver y sentir las cosas que se eslabonan en sucesión interminable, apreciando ideas, sentimientos, opiniones, orientaciones, cosas llamativas de la vida, con un criterio de efusiva simpatía, de tolerancia amplísima, de serena ecuanimidad que destierra de su crítica posturas artificiales, rasgos de autoritario dogmatismo, perfiles de afectación ó de pedantería... Su pensamiento pertenece abierto á todos los vientos del espíritu. Con plausibles orientaciones de un eticismo amable y benéfico, observa y asimila cosas de lo exterior y las traduce convertidas en jugo mental capaz de ser utilizado para empresas de salvadora eficacia social. Lo más característico del pensamiento de Rodó reside en una obra de sanea-

miento espiritual, de vigorización mental, de direcciones de luminosa transcendencia. Su figura se yergue como en un permanente gesto de serena y efectiva *cura de almas*. Proclama y exulta ideales sanos y fuertes, tales como en la tormentosa hora presente lo reclaman con voz imperiosa algunas de estas extraviadas é incoherentes sociedades hispano-americanas. Constata la necesidad de, por obra de nosotros mismos, ascender conscientemente por una escala de sucesivos perfeccionamientos. Si debemos evitar el contacto de nauseabundas realidades sociales, no se justifica una actitud de indiferencia ó de cobarde retraimiento. Desgranemos nuestro pensamiento en palabras de amor, de consuelo, de fe, de afirmación en la virtualidad de nuestra potencia intelectual y afectiva para realizar una obra de oportunos y necesarios mejoramientos. Ahí, en ese magnífico propósito, en ese levantado y radiante ideal de bien, de amor y de justicia, toma vida, forma y color el pensamiento del admirable y admirado escritor uruguayo...

#### EL ESTILISTA

En su estilo vive y se dilata su alma. No es jamás llamarada de incendio que calcina, sino res-

plandor que ilumina suave y bellamente. Una emotividad serena circula al través de sus párrafos ondulantes, de muy atractiva armonía. Diáfano, puro, nítido, el estilo de Rodó atesora suavidades de seda, fulguraciones de piedras preciosas, matices delicados y exquisitos, tonalidades de subido mérito pictórico. No cae nunca en efectismos rebuscados de un convencionalismo retórico, ya de capa caída. Sus efectos estéticos son siempre determinados por cierta espontaneidad creadora, avalorada de continuo por la altura de las ideas y por la proyección de sentimientos nobles y proficuos. En su prosa finamente cincelada, dúctil, de delicados esmaltes, se unen en estrecho y amoroso abrazo el pensador genial y el artista exquisito. Su visión de las cosas aparece siempre diáfana, precisa, profusamente matizada, sin pinceladas chillonas, ni tonos difusos. Es un artista helénico, apolíneo, por la nobleza de sus actitudes, por su euritmia arquitectural, por su serenidad de líneas, por la precisión con que destaca en un ambiente de sugerente luminosidad aspectos más ó menos salientes de lo más íntimo de su espíritu. Pero su visión, á diferencia del arte griego, vinculado en la forma, es decir, en el límite, se explaya, arrojando vivos reflejos, en las sinuosidades y recodos de nuestra existencia psíquica, exenta de medida y ritmo precisos, no para hacer obra de maestro adusto, huraño, gruñón, sino—á modo de artista que

busca la verdad envuelta en un resplandor de belleza—para advertir á los infinitos que parecen ignorarlo, que el ideal de mejoramiento, de perfección á que debemos aspirar no está fuera ni lejos, sino muy cerca, dentro de nosotros mismos. Y toda esta contemplación interior, *mística*, por cierto aspecto muy humano, de finalidad transcendente, aunque desinteresada en el más alto sentido, sin alardes de vanidad ó de pedantería, adquiere una suavidad encantadora de colorido al troquelarse en su estilo, al dilatarse en su prosa flúida, tersa, serena, sin languideces enervantes, sin encrespamientos de oleaje rugiente...

En no sé qué región deliciosamente idílica, de perenne embeleso primaveral, entre musgos de eterno verdor y flores de inextinguible aroma, brota de las entrañas de la tierra manantial cristalino, de que se forma pintoresco río de sosegada corriente, de apacibles remansos, sin saltos ni remolinos. En su linfa transparente y rumorosa reflejará los jirones de nubes multiformes, esquifes de ensueño que navegan en el azul del firmamento; retratará el ramaje que sobre él extienden los árboles frondosos de sus orillas, y en que, á toda hora, desgranan sus trinosavecillas policromas, melifluos cantores de la selva; hará resonar, noche y día, con modulaciones nuevas, la canción arrulladora de su perenne y acompasado murmullo, y así seguirá fertilizando la vasta y amena

campiña, sin experimentar jamás, bajo la equidad protectora de un cielo de serenidad inalterable, el latigazo de huracanes que enturbien su corriente cristalina, encrespándola y trocándola en torrente impetuoso... Así el estilo de Rodó, sereno, arrullante, de mágico hechizo; expresión fidelísima de un espíritu armoniosamente equilibrado, de perfecta ecuanimidad, desligado por entero de los nocivos prejuicios que con frecuencia desnaturalizan nuestro personal concepto de muchas cosas de la vida...

#### SU PRODUCCIÓN.

En *El que vendrá*, su más antigua creación literaria que conozco, la atención reflexiva se vincula con la fantasía creadora. Es un trabajo en que el juicio derivado de un examen detenido de lo que ha dado de sí la evolución artística en estos últimos tiempos, encuentra en ella los elementos necesarios para discernir más ó menos aproximadamente lo que se prepara, lo que ha de llegar, lo que transformará más ó menos radicalmente nuestros deficientes puntos de vista literarios de actualidad. La reflexión como que se complace en abrir de par en par una ventana hacia el porvenir brumoso, preñado de incógnitas. Esa producción

es labor de vigoroso explayamiento juvenil. Se espera, hay que esperar, el que vendrá, al llamado á renovar una ideología gastada, enteca, y á señalar nuevos moldes de expresión artística, en consonancia con realidades sobresalientes del adelanto moderno...

En su *Rubén Darío* abundan los puntos de vista críticos, magistralmente escogidos. En su análisis del autor eximio de *Prosas profanas*, muerto recientemente, con hondo duelo del mundo de habla española, exhibe con particularísimo relieve las más salientes peculiaridades de su visión íntima y de su expresión artística. La página de Rodó acerca de Rubén Darío se me antoja definitiva ó poco menos. En ella se encuentra, aun sin llegar á conclusiones integrantes de una visión crítica de valor total, lo más saliente y característico del gran poeta nicaragüense. Ahí está él con su técnica propia, con su riqueza verbal, con su potencia imaginativa, con su sentido exquisito de los matices, con sus refinamientos de aristócrata intelectual, con su artificialidad deslumbrante, con su intermitente simbolismo. No es, ciertamente, el poeta de América por la proyección de su espíritu saturado intensamente de modalidades exóticas que no se compadecen con formas muy características de la vida regional americana. Su poesía, francamente imitativa en su primera época, se nutre con refinamientos de una técnica propia y de técnicas de allende el



mar. Alma de superficial emotividad en que no estalla jamás la pasión con sus terribles desbordamientos, ni la llamarada de ideas de transformación social ilumina sus jardines interiores; Rubén Darío ha sido, por encima de todo, artista genial y soberano, pleno de excelencias de toda índole y revelando muchas veces acentuadas incongruencias é imperfecciones. No se puede ser, sino á ese título verdadero é inconfundible, renovador artístico como este luminoso y divino poeta.

### ARIEL

Es *Ariel*, ó debe ser, el breviario espiritual de la juventud hispano-americana. Ese libro, reducido por el número de sus páginas, contiene más substancia vital que muchos otros de más aparente importancia y mayor voluminosidad. Es la voz más simpática y cordialmente elocuente que ha resonado en América, preconizando con sincera efusión la necesidad de vigorizar un concepto de existencia personal, ennoblecido de continuo por un característico relieve de virilidad y carácter, é iluminado por una serena y proficua visión de belleza. Porque Calibán está siempre en acecho. Al utilitarismo grosero, á un concepto materialis-

ta que lo subordina todo á intereses sórdidos del minuto, pensando que la vida se concreta únicamente á la satisfacción de burdos apetitos, debe oponerse, como orientación saludable á la juventud que se levanta, otro ideal más alto y más noble: un sentido espiritual de las cosas en que florecen los goces más puros y delicados de la inteligencia y de la sensibilidad desprendidas de todo nauseabundo contacto con cosas de la realidad circunstante, torpes y efímeras. “Debéis—dice hermosamente en *Ariel*—principiar por reconocer un principio de fe en vosotros mismos. La juventud que vivís es una fuerza de cuya aplicación sois los obreros y un tesoro de cuya inversión sois responsables. Amad ese tesoro y esa fuerza, haced que el altivo sentimiento de su posesión permanezca ardiente y eficaz en vosotros. Yo os digo, con Renan: “La juventud es el descubrimiento de un horizonte inmenso, que es la Vida.” El descubrimiento que revela tierras ignoradas necesita completarse por el esfuerzo viril que las sojuzga. Y ningún otro espectáculo puede imaginarse más propio para cautivar á un tiempo el interés del pensador y el entusiasmo del artista que el que presenta una generación humana que marcha al encuentro del fugitivo, vibrante, con la impaciencia de la acción, alta la frente, en la sonrisa un altanero desdén del desengaño, colmada el alma por dulces y remotos mirajes que derraman en ella misteriosos estímulos, como las

visiones de Cipango y El Dorado en las crónicas heroicas de los conquistadores."

La evolución social parece definirse para él en una renovación incesante de ideales. "A rey muerto, rey puesto", decían los viejos monárquicos. A un ideal extinto, por ley del dinamismo humano, debe suceder otro ideal de fuerza y proyección transformadoras. A la juventud, principalmente, toca el magno esfuerzo de apresurar la venida de las nuevas orientaciones. Cuanto el pesimismo intente para obstaculizar esa aspiración, resultará estéril y vano. No se mata fácilmente la esperanza; retoñará, más potente, una y mil veces si fuere necesario... "La juventud—exclama—, que así significa en el alma de los individuos y la de las generaciones luz, amor, energía, existe y lo significa también en el proceso evolutivo de las sociedades." En Grecia ve el símbolo de la juventud inextinguible. Conserva el alma siempre juvenil. Toda esta parte de *Ariel* es como un cántico helénico á la juventud arrolladora y triunfante. Las frivolidades del ensueño, los arabescos de la quimera, los contornos imprecisos de vagos idealismos, sirven, en veces, para apartarnos de la peligrosa ruta de infecundas ó groseras sollicitaciones. La juventud representa el ensueño, la ilusión, la esperanza, las iniciativas fecundas, el ansia tumultuosa de vivir, el ariete que bate perpetuamente el muro de convencionalismos añejos y entorpecedores. "Las prendas

del espíritu joven—agrega Rodó—, el entusiasmo y la esperanza, corresponden en las armonías de la Historia y la Naturaleza al movimiento y á la luz.“

Pero esa fuerza juvenil, según el autor de *Ariel*, puede extraviarse ó gastarse infructuosamente. Todo depende de cómo vibre en ella el ritmo impulsador de las ideas. En las almas juveniles pueden también arraigarse y medrar las plantas venenosas de helados escepticismos. Acaso una concepción prematura é incompleta de la vida dé margen á que asome en esas almas jóvenes el perfil inquietante y trastornador de la duda. ¡La duda! Á cierta edad, esa suspensión del juicio, que es lo característico de la duda, ese titubear permanente entre soluciones opuestas, ese anhelo de una afirmación que disipa nuestras indecisiones, determina casi siempre una relajación de la voluntad que la hace impotente para la realización de bienintencionados propósitos. Lo que robustece y vivifica el ánimo es la posesión de algo que se cree, ó se supone, la verdad, y que sirve para dar á nuestro criterio la seguridad de una afirmación rotunda y que se nos figura indiscutible. Sin ser dueños de una creencia vigorosamente enseñoreada de nuestro espíritu, mal podremos determinar en los otros un criterio ó una opinión que en nosotros permanece en la nebulosa región de lo vago é impreciso. Hay forzosamente que creer en algo para realizar alguna

cosa. El escepticismo es una especie de cáncer de la inteligencia. El progreso se resuelve en una serie de rectificaciones, es decir, de verdades nuevas, provisionales acaso, pero que constituyen puntos indispensables de apoyo para continuar el gradual avance del espíritu humano, siempre en pos de más amplios y prolíficos perfeccionamientos. Debemos tener confianza en nosotros mismos, en nuestras propias energías. Sin fe, sin entusiasmo por un ideal, no hay acción, y si la hay, resulta desmayada y fría, sin virtualidades de completa eficacia. En épocas pretéritas el ideal religioso, firme y acendrado, llevaba á las almas, hambrientas de paz y consuelo, á proster-narse, á caer de hinojos ante los Cristos pálidos y exangües, coronados de espinas, erguidos en los altares marmóreos de las viejas catedrales góti-cas... Y esa fe espontánea y ardorosa obraba maravillas. En la actualidad sólo debe imperar la Ciencia, la ciencia comprensiva y vasta, entendi-da en su verdadero sentido; esto es, la adquisi-ción creciente de conocimientos avalorados por la observación y la experiencia, para por medio de ellos hacer más amplio y más firme nuestro dominio sobre la Naturaleza. La Ciencia tomada como ideal de vida progresiva y fecunda, regida por principios de sana tolerancia, sin exclusivis-mos dogmáticos, debe y puede constituir la meta radiante de nuestros esfuerzos. Ciencia integral comprensiva de todos los anhelos de mejora-

miento del sér humano, pero en ningún caso un absorbente y dogmático *cienticismo*...

Rodó quiere que esa juventud no retroceda ante ningún aspecto de la vida, por difícil ó peligroso que aparezca. Aspira á una plenitud del sér, á algo que puede semejarse al sentido de *totalidad* personal de expresión de que habla Nietzsche: "Sed espectadores atenciosos—dice— allí donde no podéis ser actores..." "No os encojáis de hombros delante de ninguna noble y fecunda manifestación de la naturaleza humana, á pretexto de que vuestra organización individual os liga con preferencia á manifestaciones diferentes." Indudablemente todo eso es parte, y parte importante, del magno problema educativo, de una educación convergente que abarque una complejidad de aspectos fundamentales de la existencia individual y colectiva. Una especialización exclusiva sin puntos de vista generales, sin una perspectiva ideal sobre un amplio espacio intelectual, creará quizás profesionales diestros, de mirada experta; pero casi siempre determinará en ellos un sentido restringido de los problemas vitales que agitan la mentalidad de nuestro tiempo. Así lo ve el gran escritor uruguayo. "La intolerancia, el exclusivismo—expresa—, que cuando nacen de la tiránica absorción de un alto entusiasmo, del desborde de un desinteresado propósito ideal, pueden merecer justificación, y aún simpatía, se convierten en la más

abominable de las inferioridades cuando, en el círculo de la vida vulgar, manifiestan la limitación de un cerebro incapacitado para reflejar más que una parcial apariencia de las cosas." La educación en sí, en su más amplia acepción, no excluye en manera alguna un concepto de utilidad, sino, al contrario, lo lleva implícito, como necesario y racional fundamento para posibles orientaciones sociales. Pero esa utilidad propia de toda actividad intelectual, apacentada en determinadas finalidades de interés individual y social, no puede confundirse nunca con un utilitarismo burdo y estrecho que, á modo de divinidad pavorosa, requiere que se sacrifique en sus aras, como necesario holocausto, los altos idealismos que más ennoblecen y dignifican la existencia humana. Así, en la prédica elocuente de *Ariel*. Aun en lo que aparece revestido de propósitos de interés material, debemos esparcir fulguraciones de cierto noble desprendimiento individual, para quitarles, en parte, lo que pueda tener de mezquino ó de innoble. Cierta filisteísmo, cierto burguesismo sin vistas á lo ideal, sin repercusiones de sentimientos nobles, exento de toda sugestión de vida interior, da la medida en estos países de la actitud mental de una inmenza mayoría. "Cuando—dice Rodó—el sentido de la utilidad material y el bienestar domina en el carácter de las sociedades humanas con la energía que tiene en lo pre-

sente, los resultados del espíritu estrecho, y la cultura unilateral, son particularmente funestos á la difusión de aquellas preocupaciones puramente ideales que, siendo objeto de amor para quienes les consagran las energías más nobles y perseverantes de la vida, se convierten en una remota y quizás no sospechada región para una inmensa parte de los otros..." Sólo la oportuna y discreta difusión de formas educacionales de cierta cultura coherente y progresiva, pienso yo, puede, mediante necesarias gradaciones, atenuar considerablemente, y aun hacer desaparecer en ciertos casos, esas resaltantes deficiencias de la mentalidad colectiva que de momento imposibilitan del todo, ó poco menos, la aclimatación de ideas de substancial y prolífica transcendencia. No hay, se me figura, otro camino. Esa renovación educativa, para ser viable, necesita fecundarse en un esfuerzo perseverante, de irreducible tenacidad, y en un concepto de ciencia lo más amplio y comprensivo que sea dable en el momento presente. Nuestra educación debe contribuir principalmente á facilitar la adaptación de nuestra inteligencia y nuestra sensibilidad á crecientes complejidades de desenvolvimiento social y á dar á nuestra vida regional y nacional un ritmo de hondo y bien entendido americanismo.

Rodó siente, contempla con mirada avizora lo que hay de peligroso para nosotros en la cul-



tura peculiar de los norteamericanos. La sugestión de su prodigioso adelanto pone estremecimientos de intensa admiración en nuestras almas. "Y de admirarlos—dice Rodó—se pasa por una transición facilísima á imitarlos. La admiración y la creencia son ya modos pasivos de imitación para el psicólogo. Se imita á aquel en cuya superioridad ó prestigio se cree." Esa imitación debe comprenderse, en lo que tiene de conveniente y de oportuna, en un sentido de apropiación, de asimilación de formas determinadas de su cultura, de ciertos modos de ver y entender la vida privativos de ella, de su consorcio armonioso de la libertad y el orden, sin menoscabo en ningún caso de lo castizo y absolutamente propio de nuestra existencia colectiva. Todo aislamiento nacional supone desde luego cierta incapacidad dirigente. Unos á otros nos necesitamos. Toda civilización, por más original que aparezca, es compenetrable, en muchos de sus aspectos, con otra civilización. Modalidades de una pueden fundirse con las de otra sin apreciables discrepancias. "Comprendo bien—expresa el autor de *Ariel*—que se aspire á rectificar, por la educación perseverante, aquellos trazos del carácter de una sociedad humana que necesiten concordar con nuevas exigencias de la civilización y nuevas oportunidades de la vida, equilibrando así, por medio de una influencia innovadora, las fuerzas de la herencia y la costumbre. Pero no veo la

gloria, ni en el propósito de desnaturalizar el carácter de los pueblos, su genio *personal*, para imponerles la identificación con un modelo extraño al que ellos sacrifiquen la originalidad irreemplazable de su espíritu; ni en la creencia ingenua de que eso pueda obtenerse alguna vez por procedimientos artificiales é improvisados de imitación."

Nuestra compenetración absoluta con la civilización norteamericana es imposible. Nos separan, como muro insalvable, peculiaridades étnicas de indiscutible raigambre, distinto idioma, formas de existencia social harto diferentes. Podemos y debemos asimilar con discreta oportunidad formas de su cultura en cierto aspecto superiores á la nuestra por sus ventajosas finalidades prácticas; pero es deber nuestro rechazar de manera victoriosa cualquier intento, venga de donde viniere, enderezado á despojar á la colectividad hispano-americana de sus atributos de vida autonómica y de la herencia moral, que constituye el más alto patrimonio de nuestra raza. Para defendernos de cualquiera agresión en esa vía, debemos poner de bulto, con la necesaria claridad, los puntos débiles de nuestra existencia social, que urge reformar y fortalecer para conservar en toda su indispensable integridad esa íntima fuerza espiritual que cohesiona el sentimiento de nacionalidad en Hispano-América. El peligro cobra mayores signos de gravedad

si se atiende á que mientras los Estados Unidos presentan una masa compacta, reciamente estructurada, espiritualmente unificada en todas sus líneas generales, moviéndose por completo en un ambiente propicio á tales dilataciones, nuestras repúblicas, escasamente pobladas, esparcidas en un inmenso territorio, distanciadas moralmente, algunas de ellas más que si estuvieran separadas por miles de millas marítimas y por peculiaridades de sangre y de idioma diferentes; riñendo á cada paso por pedazos de tierra, cuando, por lo general, les sobra territorio; conmovidas algunas por un espíritu de impenitente y desastroso revolucionarismo, encarnado en un caudillaje desquiciador y estulto, les falta, en gran parte, consistencia, la robustez espiritual indispensable para presentar un bloque capaz de seria y porfiada resistencia. Seamos amigos, todo lo cordial é íntimamente que se quiera; pero de todas veras procuremos mantener intangible lo que espiritualmente nos vincula estrechamente y nos dice, con voces salidas de lo íntimo de nuestra conciencia colectiva, que sólo en esa solidaridad espiritual puede realizarse el porvenir de gloria y de grandeza que seguramente nos reserva el destino...

No se hable, pues, de *deslatinizar* la América. Esa es aspiración de impotentes, impropia de pueblos de floreciente juventud, en que se escucha de continuo el himno alentador de la espe-

ranza. En páginas elocuentes describe Rodó las cualidades sobresalientes de la civilización norteamericana. "Ellos se han mantenido fieles á la ley de su origen y han desenvuelto, con la precisión y la seguridad de una progresión matemática, los principios fundamentales de su organización, dando á su historia una consecuente unidad, que, si bien ha excluído las adquisiciones y aptitudes de méritos distintos, tiene la belleza intelectual de la lógica. La huella de sus pasos no se borrará jamás en los anales del Derecho humano, porque ellos han sido los primeros en hacer surgir nuestro moderno concepto de la libertad, de las inseguridades del ensayo y las imáginaciones de la utopía, para convertirla en bronce imperecedero y realidad viviente"... "El crecimiento de su grandeza y de su fuerza será objeto de perdurables asombros para el porvenir. La libertad puritana, que les envía su luz desde el pasado, unió esta luz al calor de una piedad que aún dura. Junto á la fábrica y la escuela, sus fuertes manos han alzado también los templos de donde evaporan sus plegarias muchos millones de conciencias libres"... Pero por encima de todo eso y de muchas cosas más de indiscutible excelencia que con serena belleza y notable profundidad enumera Rodó, culmina en aquella civilización la tendencia á absorber las formas todas del adelanto humano en una especie de concepto exclusivamente materialista de la vida.

Admirémoslos en cuanto sean dignos de ello, pero sin ofrendarles ninguna partícula de nuestro espíritu. Busquemos en nosotros mismos los elementos para que, sacando fuerzas de nuestras propias debilidades, oportunamente robustecidas, podamos constituir una acentuada civilización autóctona en lo posible, y por todos conceptos capaz de asimilarse las formas más altas y complejas del dinamismo humano.

Este librito contiene una riqueza portentosa de ideas. Atesora el mágico prestigio de las cosas que gozan de juventud eterna. Los rumbos que señala permanecen y permanecerán inmutables, porque tienen su fundamento en lo más íntimo y vivificante de nuestra conciencia.

### LIBERALISMO Y JACOBINISMO

Recojo aquí mis impresiones de una polémica vibrante en que, á mi ver, toda la razón militó de parte de Rodó. Ciertas acentuadas manifestaciones de intolerancia, muchas veces fuera de lugar, en ocasiones de carácter violento, resultan siempre nocivas en medios todavía no acostumbrados al choque resonante de ideas representativas de aspectos muy acentuados de la mentalidad de nuestro tiempo. Sin ningún respeto á la libertad

de conciencia, intangible y sagrada, se atropellan con rudeza creencias hondamente arraigadas en el alma colectiva, y que por eso mismo vinculan una gran fuerza de dirección moral que sólo espíritus muy superficiales, sugestionados por un sectarismo estéril, desconocen ó no saben apreciar en su justo valor. Al fanatismo religioso que, durante siglos, convirtió la vida social en un inmenso charco de lágrimas y sangre, esbózase en algunos de estos medios, de todavía poco acentuada cultura, una especie de cierto fanatismo seudo científico, inconsistente, aparatoso, muy disimulado bajo cierto tecnicismo, que tira á destruir implacablemente determinadas formas de vida interior, invocando principios que se van quedando sin verdadera significación trascendente, por lo repetidos y falseados, sin percatarse, ni poco ni mucho, del movimiento de ideas que, no hace mucho tiempo, iniciado y encauzado por ilustres pensadores, William James en primer término, va señalando en cierto orden de creencias muy íntimo, orientaciones verdaderamente luminosas, en un todo conformes con lo que se desprende del estudio sereno, imparcial y profundo, de la poderosa vitalidad del sentimiento religioso en el alma humana, eternamente ansiosa de algo suprasensible que, siquiera sea aparentemente, le explique el pavoroso enigma de su origen y de su destino...

Son muchos ya los que, pontificando en nom-

bre de lo que se les antoja llamar la verdad, prosiguen con ahinco la insana obra de destruir toda clase de símbolos religiosos, y muy particularmente cuanto evoca el recuerdo de la gran figura histórica del fundador del Cristianismo. Y no ya en el terreno de la investigación paciente y laboriosa, en el vasto campo donde chocan las ideas, produciendo vivos resplandores, sino en la realidad vibrante de la vida diaria, se van exteriorizando tales propósitos de intolerancia y de ningún respeto á las creencias ajenas, que por ello, naturalmente, se oyen á cada paso voces de alarma, gritos de protesta, clamores de conciencias duramente flageladas en su parte más sensible... Ya no es el horrible fanatismo, incinerador de herejes, á lo Torquemada y Felipe II, sino otro más propio del momento presente, por completo incruento y más manso en su aspecto visible, aunque menos sincero y lógico en el fondo, y con los mismos lineamientos de inflexible intolerancia. En nombre y representación de ciertos principios, falsa ó exageradamente interpretados, se quiere ejercer un apostolado de aparente verdad, realizar una obra de ficticia depuración, sin darse cuenta que semejante propósito contiene en sí, por su agresión violenta al santuario de la conciencia individual ó colectiva, gérmenes de contradicción resaltante, que tienden á esterilizar el cumplimiento del magisterio moral que se propone.

En virtud de una orden de la Comisión de Caridad y Beneficencia pública de Montevideo, se echaron fuera los crucifijos de las salas del Hospital de aquella cultísima ciudad. De ahí una controversia empeñada y ardiente, en que Rodó defendió con gran acopio de erudición filosófica, de buena fe y con hermosa brillantez de estilo, los fueros de la libertad de conciencia y el verdadero concepto histórico, vulnerados ó desconocidos por aquella censurable disposición. El autor de *Ariel* la calificó acertadamente, no como manifestación de "radical y extremado liberalismo", según frase de un periodista montevideano, sino como lo que es en realidad: "un acto de franca intolerancia y de estrecha incomprensión moral é histórica..." Hace ya mucho tiempo que para mí ha desaparecido la aureola de divinidad que muchos ven todavía en la serena y dulce figura de Jesús. Ya no se dirigen las almas por los senderos de la bienaventuranza eterna, arrasadas por la suave unción de su palabra encendida y persuasiva. Las concupiscencias innobles han marchitado la rosa mística de su ideal de fe y de esperanza... Pero subsiste, firme é inquebrantable, á despecho de cuantas negaciones se hayan producido ó puedan producirse, su sér moral, su personalidad de reformador, su recia y fuerte estructura de sembrador de altos conceptos de humano altruísmo, antes que él, ciertamente, expresados de modo aislado aquí y allá, por



algunos pensadores ó reformadores; pero por él, únicamente por él, como bien lo advierte Rodó, cristalizados en el sentimiento colectivo, en la sencilla psicología de las muchedumbres seducidas por la novedad intensamente humana de sus ideas, destinadas á operar una transformación social de incalculable transcendencia...

He leído con reflexiva atención el libro de Emilio Bossi (Milesbo), ensalzado por unos hasta la hipérbole y por otros denostado con exagerada acritud. Contiene la más radical negación que hasta ahora se haya hecho de la existencia personal de Jesús. Está indudablemente escrito con cierto método científico, que le presta no escaso valor relativo; pero por todos los poros de su epidermis rezuma copiosamente, no un ideal de verdad serenamente perseguido, sino un propósito de proselitismo mezquino, de propaganda vulgar, que obscurece en gran parte algunas de sus páginas, las mejores, tal vez, de la obra. Como todos los que se dejan ir por la pendiente de las negaciones absolutas, fabrica teorías á su antojo, y así pretende reemplazar la ininterrumpida tradición de la existencia personal de Jesús con cierta evolución mítica, en que entran elementos de índole varia y discrepante que, bien profundizada, resulta más inverosímil y sin verdadera ensambladura científica. Para Emilio Bossi, el religionario de Judea es pura "creación teológica, dogmática y mitológica", y, fundado

en ciertos pasajes de la metafísica de Filón, el célebre filósofo alejandrino, atribuye á éste el carácter de *verdadero* fundador del Cristianismo... Como síntesis de una grande y compleja evolución histórica, el Cristianismo, indudablemente, aparece ante el examen crítico como un vasto conglomerado en que, sin necesidad de extremar el análisis, percíbense á la simple vista materiales procedentes de la cantera de diversos sistemas religiosos. Por eso, considerado en cierto sentido, carece de peculiar originalidad. Todas las religiones, anteriores ó coetáneas, han aportado, en mayor ó menor cantidad, su contingente para la construcción de la vasta obra...

Nada de eso, sin embargo, invalida, ni mucho menos, la tesis brillantemente sostenida por Rodó. Como éste afirma, el concepto de caridad había ya surgido, á manera de chispazos, en época anterior á Jesús, del cerebro de algunos sabios y poetas, mas sin positivo y visible alcance práctico, con valor puramente ideológico... El *Homo sunt...* de Terencio había sonado ya y dejado una estela de luz en algunas almas selectas. Pero ese concepto flota en las alturas de la intelectualidad vago, embrionario, sin contornos precisos. Las muchedumbres lo desconocen completamente. Para que esa idea se abriera paso y arraigara fuertemente en el alma colectiva, fueron necesarios la prédica persistente de Jesús y el ejemplo de su corta vida, plena de abnegacio-

nes y desprendimientos. Ahí estriba su mayor mérito, la parte más perdurable de su obra, que cierto flamante jacobinismo al uso, intolerante y estrecho, pretende torpemente reducir á pavesas, en nombre de un liberalismo falso por muchos conceptos. En determinadas crisis históricas, nada hay tan terrible como ciertos hombres sustentadores de principios forzosamente relativos y que pretenden elevar á la categoría de absolutos. Producto de tal convicción, la lógica de esos hombres, implacable y dura, reviste toda la inflexibilidad de algo rigurosamente matemático. Ya Taine, en su maravillosa obra sobre la Revolución francesa, lo hizo notar al referirse á ciertos hombres que actuaron en primera línea en aquel tormentoso y fecundo período de la historia humana. Ese jacobinismo resulta, en no pocas veces, visible antítesis del genuino liberalismo. Como lo sugiere un crítico al juzgar *Les jacobines*, la producción teatral de Abel Hermant, el jacobinismo, que ya tenía su política, va también formando su moral...

Es falso, absolutamente falso, como lo pone hermosamente de relieve el ilustre crítico uruguayo, ese mentido *liberalismo*, sectarista é intolerante, que sólo por el propósito de destruir se ensaña con símbolos que evocan las más grandes ideas que han agitado, purificándolo, el ambiente, casi siempre deletéreo, en que se mueve ese sér colectivo llamado Humanidad. Si de impro-

viso se suprimieran de la Historia algunos nombres excelsos, verdaderas cumbres de positiva alteza moral, no se vería la Humanidad en su peregrinación al través del tiempo y del espacio, sino como un monstruo insaciable, alimentado sólo con víctimas propiciatorias, como aquel terrible dios de la guerra, de los indios aztecas... Y entre esas cúspides, en la más altas, se levanta y se levantará siempre, aureolado por una admiración muchas veces secular, la figura serena y melancólica de Jesús, como miraje de hipnotizadora seducción para los hambrientos de paz, amor y justicia. Nada importa que mezquinos apetitos, intereses efimeros, espíritu de estrecho sectarismo, hayan enturbiado la linfa cristalina que brota de su código de perfección moral, el de más perdurable valor y alcance que haya producido jamás el esfuerzo individual humano. Su gloria de reformador social, grande y fecunda, esplenderá continuamente, como esplende, herida por los rayos del sol, la nieve perpetua, de blancura inmaculada, que corona las cimas más elevadas é inaccesibles de la tierra.

#### “MOTIVOS DE PROTEO“

Este es el libro capital de Rodó. En él se dilata con mayor intensidad su espíritu selecto y de

honda palpitación humana. No traduce anhelos regionales ó continentales, sino vibra y se intensifica en un sentimiento general y profundo de humanidad. No hay en él exclusivismos espirituales de ningún linaje. Demostración palmaria de la aptitud mental existente en nuestras jóvenes colectividades hispano-americanas—no obstante su desenvolvimiento histórico, en general incoherente y tumultuoso—, es este libro sano, provechoso, hondo, bello, saturado de intensa vida íntima, de trascendente psicología; flor de amplia y alta cultura filosófica y estética, que parece como legítimo producto de un medio de secular, compleja y refinada civilización, en que el cultivo persistente y metódico de ciertos estudios permite, de vez en cuando, la aparición de escritores de la pasmosa flexibilidad intelectual y de la honda penetración psíquica del eminente autor de esta obra.

El pensamiento de Rodó, ondulante, *proteico*, de múltiples facetas, que arranca de la entraña de una convicción de penetrante raigambre, y del que fluye á cada paso la tolerancia relativa de quien—por cierta poderosa virtualidad anímica apacentada en el conocimiento del mundo exterior, y de sí propio en primer lugar—ha conquistado un elevado punto de vista que lo coloca muy por encima de cierto vulgarismo intelectual en moda, se desenvuelve gallárdamente en estas páginas, con sereno ritmo, en progresión de su-

gestiva belleza, esparciendo efluvios de bien y de amor, que servirán quizás para vivificar muchas almas que yacen aletargadas por carencia de estímulos íntimos, bajo un espeso sudario de indiferencia ó egoísmo...

“No se puede querer algo sin conocer algo”, ha dicho Malebranche. Y de ahí que Rodó, en su dialéctica, que parece errar al capricho, fijándose como al azar en subjetivismos de diversa índole, señale—como resultado preciso de un proceso de conocimiento interior—en múltiples casos orientaciones luminosas que con ojo *vidente*, el ojo de que habla Carlyle, ha visto en sus exploraciones por ciertas honduras del espíritu, desconocidas ó menospreciadas de casi todos los componentes sociales. Sin gestos ni alharacas de moralista desabrido que quiere disponer las cosas á su antojo, para cristalizar un propósito más ó menos noble y quimérico de depuración social, Rodó se contenta con descubrir, desde la cima de su torre íntima, constelaciones nuevas en el firmamento del espíritu, para ponerlas con toda su deslumbrante precisión de trazos ígneos ante los ojos de muchos que en el presente momento de extravíos mentales, de desconcierto intelectual, no saben á qué carta quedarse, fluctuando entre direcciones espirituales disímiles que respectivamente se adjudican la posesión de un criterio de positiva certidumbre filosófica.

En cierto sentido, *Motivos de Proteo*, aunque

más ampliamente humano, por su estructura íntima y por la tendencia noble y desinteresada que vincula, es como la continuación natural y lógica de *Ariel*. Este libro ya contenía á aquél en potencia. En ambos se advierte, sin ningún género de esfuerzo, la exteriorización, cada vez más viva y luminosa, de un espíritu de superioridad incontestable que tiende á poner al descubierto, aclarándolo convenientemente, mucho de lo oscuro que impide el armónico y filosófico desenvolvimiento de nuestra vida introspectiva, llegando en *Motivos de Proteo* sobre todo á tocar en los linderos de la subconciencia, fondo de espesa negrura en que bullen, en confusión caótica, gérmenes atávicos, morbosidades ancestrales, residuos diversos y nocivos, de procedencia ignorada, que, sin sufrir la acción reguladora de una voluntad que los depure y discipline, suben de ese fondo negro, en ciertos instantes pasionales, invadiendo con irresistible ímpetu la conciencia individual y reflejándose en muchos de nuestros actos cotidianos.

Hay, pues, que escudriñar continuamente el conjunto de actividades que forman nuestro yo, introducir el pensamiento en sus más escondidos repliegues, *conocerse* con la mayor amplitud posible, para por ese camino poder uno reformarse constantemente, acomodarse, sin menoscabo de la propia personalidad, á las nuevas formas y exigencias que presenta la vida en su perpetuo

dinamismo, siempre cambiante, siempre inestable, piélago insondable permanentemente encrespado por la acción impetuosa de ideas en constante renovación y porfiado antagonismo. Conocerse bien, y, conociéndose, ordenar nuestra vida sabiamente, para que pueda su reflejo exterior plasmarse en cosas noblemente prácticas de resalante beneficio personal y general. He ahí la médula de este precioso volumen, pleno de seductores paisajes espirituales, rebosante de selecta y bien depurada erudición, sin garrulidades pedantescas, en el que con frecuencia se traen á colación, con discreta oportunidad, ejemplos antiguos y modernos comprobatorios de las ideas ú observaciones contenidas en sus páginas, de singular y duradero hechizo.

El pensamiento capital de Rodó encerrado en este libro inconcluso (otro, *Nuevos Motivos de Proteo*, vendrá á completarlo) puede condensarse en estas palabras suyas: "Renovarse, transformarse, rehacerse, he ahí toda la filosofía de la acción y de la vida." "Nuestro yo—dice Guyau (*La educación y la herencia*) con] gran profundidad—no es más que una aproximación, una especie de sugestión permanente; no existe, se *hace*, y no estará jamás terminado." La vida, *rehaciéndose*, siguiendo una onda de eterna impulsión, *crea, crea* sin cesar. No hay, no debe haber en el desarrollo de la vida universal ningún círculo, ningún espacio cerrado en que moverse; la vida, en



un proceso sin término de creación, tiene ante sí un océano sin orillas, horizontes sin términos... En Bergson, frente al concepto intelectualista de estabilidad, de unidad estática predominante en toda la filosofía, el *devenir* real, según su frase, determina una creación incesante. Para el autor de la *Evolución creadora* "lo que aparece como nuevo en las cosas es de una novedad auténtica"... El mito sugestivo de Proteo, divinidad que revestía á cada instante nuevas y curiosas formas para librarse de la importuna curiosidad de los que iban á visitarlo con el objeto de poner á prueba su potencia adivinatoria, guarda estrecha relación con esta obra, en que nuestro mundo espiritual ofrece á cada momento faces distintas, aspectos aparentemente divergentes, que responden de admirable modo al proceso de continua evolución en que se caracteriza y se dilata la vida.

Soberbiamente magistral es la parte de *Motivos de Proteo* consagrada al estudio detenido de cuanto integra la vocación, en que analiza con agradable é instructiva minuciosidad los factores internos que en gran manera la determinan y las condiciones exteriores de medio y ambiente que la confirman, anulan, extravían ó desnaturalizan con relativa frecuencia. No he leído nada superior á este amplio y concienzudo análisis de la vocación. Al considerarla como "la conciencia de una aptitud determinada" entra Rodó en una

serie de apreciaciones de rico jugo mental sobre sus diversos é interesantes modos de manifestarse y actuar, todo ello robustecido sólidamente con anécdotas y referencias históricas muy amenas y expresivas, desde la aptitud varia, que abarca diversos aspectos de la actividad intelectual, cosa cada vez más rara en nuestro mundo moderno, tan complicado, de tan creciente complejidad, hasta la aptitud completa, muy restringida, única propia de nuestra época, que culmina en especialidades más ó menos característicamente acentuadas. Esas vocaciones, en el transcurso del tiempo, surgen conforme las va necesitando el engranaje social, sin que nunca dejen de florecer en el instante y sazón oportunos... Hay siempre una gran fuerza de reserva: la infancia, en que germinarán copiosamente en el momento necesario.

¡Qué hermosamente expresa Rodó estas cosas!... “A nuestro lado—dice—, y al mismo tiempo *lejos* de nosotros, juegan y ríen los niños, sólo á medias sumergidos en la realidad; almas leves, suspendidas por una hebra de luz á un mundo de ilusión y de sueño. Y en esas frentes serenas, en esos immaculados corazones, en esos débiles brazos, duerme y espera el porvenir; el desconocido porvenir, que ha de trocarse, año tras año, en realidad, ensombreciendo esas frentes, afanando esos brazos, exprimiendo esos corazones. La vida necesitará hacer el sacrificio de tanta dicha,

de candor tanto para propiciarse los hados del porvenir. Y el porvenir significará la transformación, en utilidad y fuerza, de la belleza de aquellos seres frágiles, cuya sola y noble utilidad actual consiste en mantener vivas en nosotros las más benéficas fuentes del sentimiento, obligándonos, por la contemplación de su debilidad, á una continua efusión de benevolencia..." Ocurre á veces que la vocación que en la época infantil se mostró con caracteres capaces de engañar aun á la mirada más perspicaz, corriendo el tiempo, se transforma y toma otros rumbos muchas veces inesperados. Todos hemos presenciado con cierta impresión de desencanto cosas semejantes. Rodó cree que eso puede suceder, no ya por la influencia del ambiente exterior, "sino por espontánea desviación del sentimiento y de la voluntad"... "Quizás fué ilusoria la vocación precoz; quizás aquel asomo de aptitud no fué sino imitación sagaz, pero vana; forma escogida al azar en el revuelo de una vivacidad que no tendía de suyo á objeto distinto; quizás, otras veces, el manantial que comenzó de veras á fluir se extenúa misteriosamente en manos de la Naturaleza; no está desviado ni oculto el manantial, sino cortado de raíz. Pero quizás, también, es sólo la conciencia de la aptitud la que se adormece, extraviando el sentido de la vocación; y por lo demás, la aptitud persiste en el fondo del alma, capaz de ser evocada, mientras dure la

vida, por virtud de una circunstancia dichosa...”

Sobre todas esas cosas de aptitudes y de vocación extiende su mágico imperio el divino sentimiento del amor. Rodó desentraña sutil y bellamente lo que encierra este amor, revelando constantemente una suprema agilidad mental y un sentido de evocación sugestiva y radiante. “Si del amor, por su naturaleza y finalidad primera, deriva el hecho elemental de la civilización, en cuanto á él fué cometido anudar el lazo social y asentar de arraigo, en el seno de la madre tierra, la primitiva sociedad, errante é insólida, que los encendidos hogares ordenan un día en círculos donde se aquieta, la civilización, en su sentido más alto, como progresivo triunfo del espíritu sobre los resabios de la animalidad; como energía que desbasta, pulimenta y aguza; como lumbré que transfigura y hermosea, es al estímulo del amor deudora de sus toques más bellos...” “Transformándose para elevarse, á una con el espíritu de las sociedades humanas, el amor es en ellas móvil y aliciente que coopera á la perspicuidad de todas las facultades, á la habilidad de todos los ejercicios, á la pulcritud de todas las apariencias...” La intensidad de ese amor culmina en el sentido hondo y en la expresión serena de la belleza, de la belleza esparcida en los mundos de la Naturaleza y del espíritu y sólo accesible por completo á las almas que caldea la flama del sentimiento artístico. Una estrechez de

incomprensión, de modos de ver y de entender, propios de temperamentos de sensibilidad rutinaria y superficial y de inteligencias sin lastre y sin revuelo, estará siempre distanciada de una concepción de sana y vivificante hermosura. El dón de sentir la belleza se aquilata sólo con particularísimo ritmo en el artista. "Amor es polo y quintaesencia de la sensibilidad—dice Rodó—, y el artista es la sensibilidad hecha persona. Amor es exaltación que traspasa los límites usuales del imaginar y el sentir, y á eso llamamos inspiración en el poeta. Quien ama es, en lo íntimo de su imaginación, poeta y artista, aunque carezca del dón de plasmar en obra real y sensible ese divino espíritu que lo posee."

Sobre el *dilettantismo*—tan magistral y definitivamente definido por P. Bourget—dice cosas muy discretas y oportunas. El perspicaz crítico uruguayo, desmenuzando el concepto del *dilettantismo*—aun considerándolo, en algún modo, como útil por "su impulso de renovación" y como "la forma natural de los espíritus contemporáneos"—establece la inanidad definitiva de tal modo de adaptación provisional, de carácter movedizo, á la realidad de las cosas, por carecer, por lo general, de la energía volitiva indispensable para determinar impresiones hacia objetos prácticos y fecundos. Fórmula de voluptuosidad puramente intelectual, circumscripita á una finalidad cambiante, rara vez provista de alcance

transcendente, el *dilettantismo*, mariposeo de almas selectas, se reduce á algo como una excursión, muchas veces pintoresca y amena, por determinadas regiones espirituales, de la cual quedan sólo, á la postre, superficiales ideas ó emociones pasajeras y discrepantes...

“En el *dilettantismo* hay—afirma—un fondo que concuerda con la virtud más espontánea y noble del espíritu de nuestra civilización. Pero el *dilettante*, que tiene infinitamente activas la inteligencia, la sensibilidad artística y la fantasía, tiene inactiva y yerta la voluntad, y este es el abismo que lo separa de aquel superior linaje de temperamentos, que hemos personificado en la grande alma de Goethe. La incapacidad de querer del *dilettante*, su radical ineptitud para la obra de formar y dirigir la personalidad propia, reducen el movimiento interior de su conciencia á un espectáculo en que ella se ofrece á sí misma como inagotable panorama. Bástale con la renovación y la movilidad que tienen su término en las representaciones de la fantasía; bástale con la sombra y la apariencia. Así, todo es digno de contemplación para él; nada lo es de anhelo real, de voluntad afirmativa; todo merece el esfuerzo de la mente puesta á comprender é imaginar; nada el esfuerzo de la voluntad aplicada á obra viva y concreta. No cuida el *dilettante* del desenvolvimiento de su personalidad, porque ha renunciado á ella de antemano; desmenuza y dis-

persa su yo en el ámbito del mundo; se impersonaliza, y gusta la voluptuosidad que procede de esta liberación respecto de su sér individual; liberación por cuya virtud llega á hacer del propio espíritu una potencia ilimitada, capaz de modelarse transitoriamente, según toda personalidad y toda forma." No creo que nadie haya profundizado con tanto acierto en el concepto de las modalidades espirituales que dan la medida y las proporciones del verdadero *dilettantismo*.

Sin que por ningún modo huelga ó parezca oler á paradoja, bien puede afirmarse que de la labor de Rodó, apreciada en su totalidad y en su más recóndito sentido, se exhala un penetrante perfume de misticismo *laico*, estado natural de un alma de exquisita sensibilidad, enfervorizada en la contemplación de cosas de subido valor espiritual, que sin pretender, ya lo creo—á la manera de la insigne doctora avilesa—, *poseer á Dios por unión de amor*, aspira, por esa misma *unión de amor*, á vivir en íntima y perpetua comunión con la Verdad y la Belleza, diosas ante cuya soberana refulgencia olvidan muchos espíritus de selección sus dolorosas dudas y sus frecuentes y acerbos desencantos.

En la palabra serena y suavemente coloreada de Rodó, en su *alma escrita*, hay cierta unción evangelizadora, cierto no sé qué de apostólico, rayito de sol *místico* que insensiblemente se filtra, iluminándolas, en las tinieblas de nuestra

conciencia. Su optimismo, ecuánime y reposado, tiene en ocasiones cierto parecido con la plácida resignación filosófica de Renan, forma en este último bien precisada de una inteligencia de superior estructura, noblemente curiosa y ávida de ciertos goces intelectuales que, con potente vuelo, se ha posado sucesivamente en las más altas cumbres del pensamiento, y desde ellas, atalayando un ideal de verdad definitiva, sólo ha columbrado, detrás de mirajes engañosos, los pavorosos abismos en que se oculta, inaccesible é indescifrable, la esencia misteriosa de las cosas.

Pero el *renanismo* de Rodó, aparte de ciertas analogías escuetamente formales con aquel maestro del escepticismo amable é irónico, reviste, en cuanto permanente dilatación de un alma á transcendentales excelsitudes exteriores, aspectos de más elevada y proficua consistencia, por su perenne inclinación á condensarse en actos de probada eficacia social, descendiendo repetidamente desde las cumbres de la abstracción muelle y enervante al ambiente ensombrecido y escéptico en que se mueve desordenadamente la mentalidad contemporánea. Si hay uno que otro motivo para deslizarse á pensar, con Brunetiere, que Renan no amó, ó amó poco, la verdad (no estoy de acuerdo, en mucha parte, con esta opinión del eminente crítico francés), principalmente por ese fino escepticismo que le hizo rehuir toda base de certidumbre filosófica, ó cosa parecida,



no es posible decir igual cosa de Renan, quien ama entrañablemente la verdad, si no cierta verdad, ó serie de verdades, de convención ó tradicionales, *su* verdad, la que cada cual se fabrica en determinados casos, y que en el autor de *Ariel* adquiere la forma y proporciones de una convicción de indubitable certeza.

La personalidad intelectual de Renan, en sus más salientes aspectos de director ó removedor de almas, se nutre, yo así lo pienso, en cierto espiritualismo cristiano, no entendido, muy lejos de eso, en un estrecho sentido de sectarismo religioso, sino como germen prolífico de un ideal insuperable de progresiva perfección moral, capaz de realizar salvadoras transformaciones en la conciencial individual y en el organismo colectivo. Ama la verdad, *su* verdad, porque la verdad es lo más digno de amor que hay sobre la tierra. No cree, como lo da á entender Ibsen en algunos de sus dramas, que la consagración á la verdad, nunca ó rara vez, produce la dicha. ¿Qué importa? ¿Qué importa tampoco la esterilidad, para muchos desconsoladora, de los resultados? La verdad, *nuestra* verdad, nos señala un rumbo, y hay que seguirlo sin inquietudes ni temores. Las almas vulgares seguirán presas de innobles concupiscencias, de torpes apetitos. En oposición á *Ariel*, el grosero Calibán gritará siempre:

*I must eat my dinner.*

La obsesión del más allá no esparce sombras de pesadumbre en el alma de Rodó, ó, si lo inquieta, esta zozobra no palpita en su obra ni quita á sus visiones la serenidad helénica de líneas y el bello colorido que las reviste de tan mágico y secular atractivo. Su concepción de la vida tiene infinitamente más de *apolínea* que de *dionisiaca*, en el sentido en que modernamente comprendemos estos dos fundamentales aspectos del alma griega. Ve siempre la vida como encerrada en un marco de pura y resplandeciente hermosura. *Motivos de Proteo* es, en esencia, considerado en su fondo espiritual, y en sus finalidades de alto y general mejoramiento, un canto bello, sugestivo, armonioso, á cierto optimismo vital, muy íntimo, que condensa una manera muy personal de considerar la vida interior y la fragilidad irremediable de las cosas. No es dado ya á ningún espíritu viril tornar la vista al pasado, para buscar en él gérmenes de renovación ó de perfeccionamiento. Somos nosotros mismos los que debemos salvarnos. Si se modifican ó transforman concepciones religiosas que durante largos períodos históricos representaron nuestra aspiración á lo infinito, quedan todavía, para muchas almas, en pie, resplandecientes, erguidas sobre sus graníticos pedestales con la soberana majestad de las cosas perdurables, esas sublimes concreciones del espíritu que se llaman Verdad, Belleza, Justicia.

Del conocimiento metódico y detenido de sí propio, principio fundamental de esta obra—una de las pocas de sobresaliente mérito de que pueden enorgullecerse las letras hispano-americanas—, se deriva la ingente necesidad, conviene repetirlo, de, reformándose continuamente, *vivir* con serenidad y nobleza, perfeccionarse en un sentido cada vez más amplio y comprensivo de la vida, tal como ella es realmente, tal como debe ser, no como en infinitos casos la han formado, moldeándola á su antojo, esterilizándola en gran parte, modos de ver y convencionalismos seculares ó utopismos sociales vacuos y de nociva ó peligrosa transcendencia. En *Motivos de Proteo* todo tiende, con suave ritmo, á proclamar, exultándolo, una visión optimista de limpio abolengo, que no procede, como casi todas, de cierta manera muy epicúrea de comprender la vida, sino, en primer término, de la íntima satisfacción de conciencia que se produce en quienes, sin móviles ni propósitos interesados, cultivando intensamente su jardín interior, convierten en proyecciones externas de fecunda alteza moral cuanto encierra su espíritu de benéfico y de bello. En *La pampa de granito*, parábola de sorprendente energía de visión, de vigorosa plasticidad, loa Rodó la eficacia concertante y directora de la Voluntad, y, preconizando su poder inmenso, exclama con avasalladora grandilocuencia: “Una débil y transitoria criatura lleva dentro de sí la

potencia *original*, la potencia emancipadora y realenga, que no está presente ni en los encrespamientos de la mar, ni en la gravitación de la montaña, ni en el girar de los orbes; un puñado de polvo puede mirar á lo alto, y dirigiéndose al misterioso principio de las cosas, decirle: Si existes como fuerza libre y consciente de tus obras, eres, como yo, una voluntad: soy de tu raza, soy tu semejante; y si sólo existes como fuerza ciega y fatal, si el universo es una patrulla de esclavos que rondan en el espacio infinito, teniendo por amo una sombra que se ignora á sí mismo, entonces yo valgo mucho más que tú; y el nombre que te puse, devuélvemelo, porque no hay en la tierra ni en el cielo nada más grande que yo.“

### BOLÍVAR

Los ensayos de Rodó contenidos en su último libro, *El mirador de Próspero*, son en un todo dignos de muy sincero encomio, por las cualidades de concepto y las bellezas de expresión que esplenden en ellos. Parecen como estatuas de fino mármol pentélico, modeladas por un cincel ateniense, dueño de todos los secretos de la forma primorosa y acabada. Se destacan con precisión, luminosidad, armonía, en un ambiente diáfano,

dorados por los resplandores miríficos de magnificentes idealismos, en que surge de continuo la vida en sus más hermosas y enaltecidas manifestaciones. Pero esos ensayos magistrales vinculan más efectiva transcendencia que esas estatuas del mundo clásico, de radiante simbolización, eternamente admirados en su sueño milenar de mármol, de serenidad, de gracia, de armonía perfecta... En las *estatuas*, en las construcciones esculturales de Rodó, admirablemente cinceladas, hay lo que no puede haber en ninguna estatua: el perfume, el color, la música, el movimiento, la vida... Sus ensayos versan todos sobre personalidades y cosas del mundo hispano-americano. En ellos se ve de continuo una concreción mental en que la apreciación exacta y el juicio discreto y sagaz se compenetran con una visión de hermoso colorido artístico. Su hispano-americanismo no tira á ningún concepto de exclusión ni á nada que tienda á imprimirle carácter dogmático ó definitivo. Es consciente, luminoso, de creciente amplitud, de serenos y dilatados horizontes...

Es magistral el estudio en que exhibe, con penetrante análisis, aquilatada fuerza de erudición é insuperable vigor de colorido, la gran figura del más conspicuo representante de la epopeya de la independencia de América. La palabra, órgano maravilloso del pensamiento, aventaja indudablemente en fuerza de expresión, en color, en vibración, en plasticidad misma, á todas las formas y

procedimientos en que se troquelan bellamente las creaciones artísticas. No hay simbolización broncea ó marmórea, figuración pictórica, que pueda presentar nada que supere en intensidad de expresión, en escultural relieve, al Bolívar magnífico esculpido por Rodó en estas páginas de permanente vibración, con el cincel creador de su alto y profundo pensamiento.

El Héroe está ahí, revivido, mezcla portentosa de idealismos, de ensueños fulgurantes y de resonantes y épicas actuaciones. Este Héroe sí es un verdadero profesor de energía vivificada por un ideal insuperable, de energía preñada de grandes cosas, de energía plastificada en el bronce inmortal de cinco repúblicas, de energía que la posteridad aclama y bendice, energía que no guarda relación ni punto de contacto con la de un Roosevelt, pongo por caso, especie de rudo y agresivo representante de un imperialismo grosero, enteramente desligado de las austeras enseñanzas de los puritanos de la *Flor de Mayo* y sólo encaminada á satisfacer las torpes ambiciones de una plutocracia ensoberbecida. Rodó ve, siente, comprende, cuanto hay en Bolívar de peculiarísimo, de original, que, comparado con grandes figuras de la Historia, lo hace resaltar inconfundible...

“Lo es—dice—por el enérgico sello personal del propio héroe, y lo es también por la vinculación estrecha é inconfundible de su acción con

cien íntimas peculiaridades del ambiente en que se genera y desenvuelve. La figura de Bolívar no sufre otra adaptación que la real. Fuera de la América nuestra, y lidiando por otra libertad que la nuestra, quedaría desvirtuada ó trunca. Bolívar, el revolucionario, el *montonero*, el general, el caudillo, el tribuno, el legislador, el presidente..., todo á una y todo á su manera, es una originalidad irreducible, que supera é incluye la de la tierra de que se nutrió y los medios de que dispuso."

Si algunos escritores americanos, inspirados en móviles que no quiero analizar ahora, han pretendido obscurecer ó falsear la personalidad deslumbradora de Bolívar, la inmensa mayoría ha sabido siempre hacerle cumplida y vibrante justicia. Acaso es el americano de alta significación que mejor ha sido estudiado en países extranjeros. En este ensayo se ve que Rodó ha sondeado los más escondidos rincones del alma tempestuosa de Bolívar. Parece haberse identificado con ella.

"Muchas vidas humanas hay—expresa—que componen más perfecta armonía, orden moral ó estético más puro; pocas ofrecen tan constante carácter de fuerza y de grandeza; pocas subyugan con tan violento imperio las simpatías de la imaginación heroica... Cuando se considera esa soberbia personificación de original energía en el medio y en la hora que apareció, se piensa

que toda la espontaneidad reprimida, toda la luz y el calor escatinados en la existencia inerte de las diez generaciones sujetas al yugo colonial, se concentraron, por instantáneo desquite, en una vida individual y en una conciencia única... Bolívar encarna, en la total complejidad de medios y de formas, la energía de la Revolución, desde que, en sus inciertos albores, le abre camino como conspirador y diplomático, hasta que, declarada ya, remueve para ello los pueblos con la autoridad del caudillo, infunde el verbo que la anuncia en la palabra hablada y escrita, la guía hasta sus últimas victorias con la inspiración del genio militar, y finalmente la organiza como legislador y la gobierna como político."

Vario, complejo, desconcertante muchas veces, propenso á producir una falsa orientación de juicio por apariencias poco más ó menos importantes y estables de su peculiar psicología, Bolívar, bien entendido, da la impresión de una personalidad de muy poderosa fuerza sintética. Su genial mentalidad, amplia y asimiladora, le permite extraer de la realidad exterior cosas diversas y aun de pronunciado antagonismo que, por labor de misteriosa alquimia íntima, funde, armoniza, exhibe en sucesivas y resaltantes formas de actividad individual. Su unidad intrínseca exterioriza multitud de brillantes facetas. No han faltado quienes, tomando algunos de esos aspectos por el todo, hayan pretendido elevarse á una síntesis



de su personalidad soberanamente compleja. Aspiración inútil. Por vía tan estrecha y fragmentaria sólo puede llegarse á conclusiones erróneas. De ahí muchas apreciaciones evidentemente injustas. Cualquier espíritu zahorí puede descubrir la variedad personal detrás de lo vario y multiforme; pero difícilmente podrá encerrar esa unidad en una síntesis de carácter definitivo y satisfactorio por completo. Rodó parece haberlo conseguido. En su sereno y hondo juicio abarca toda la portentosa riqueza de facultades del Libertador, toda su vasta complejidad psíquica, toda su actuación heroica y deslumbrante, su sér integral, cuanto forma y moldea su unidad, cuanto comprende la totalidad portentosa de su yo...

Para mí, sirviéndome de la frase de Emerson, es el *representative man* de la independencia de América. Más alto que Washington en cuanto á facultades intrínsecas y á empeños que realizar, y de mucha mayor originalidad americana y riqueza de concepciones y de vida íntima que San Martín, el excelso paladín argentino. "Será siempre—dice Rodó—el héroe por excelencia, representativo de la eterna unidad hispano-americana"... "No concurre en el Libertador — agrega — merecimiento más glorioso, si no es la realización heroica de la independencia, que la pasión ferviente con que sintió la natural hermandad de los pueblos hispano-americanos y la inquebrantable fe con que aspiró á dejar consagrada su unidad ideal por

una real unidad política." Esta idea de unidad no era en él diferente de la idea de la emancipación: eran dos fases de un mismo pensamiento; y así como ni por un instante soñó con una independencia limitada á los términos de Venezuela, ni de los tres pueblos de Colombia, sino que siempre vió en la entera extensión del Continente el teatro indivisible de la Revolución, nunca creyó tampoco que la confraternidad para la guerra pudiese concluir en el apartamiento que consagran las fronteras internacionales. La América emancipada se representó desde el primer momento á su espíritu como una indisoluble confederación de pueblos: no en el vago sentido de una amistosa concordia ó de una alianza dirigida á sostener el hecho de la emancipación, sino en el concreto y positivo de una organización que levántase á común conciencia política las autonomías que determinaba la estructura de los disueltos virreinos.

En su genial iniciativa del Congreso de Panamá traza Bolívar la huella permanente de ese ideal de unidad inextinguible á que se refiere Rodó. Ideal de permanente vitalidad, especie de deslumbrante arco iris espiritual que va desde Méjico hasta las rocas de la costa patagónica. Si de momento, por ahora, esa unidad hispano-americana no puede ni podrá quizás en mucho tiempo elevarse á la categoría de hecho de resaltante efectividad, nada quita que, en el correr del tiem-

po, lo llegue á ser en forma que escapa por completo á nuestras miradas. Por lo pronto, vamos alcanzando ya una unidad espiritual que, bien vista, vale y significa más que la otra, la política. En torno mío oigo una voz que murmura: sueños, visiones... No es extraña esa voz en esta hora de mercantilismos sórdidos ó de helados escepticismos. Para la hora en que empieza á incubarse su gestación, para los *prácticos* de ese momento, siempre las grandes cosas del adelanto humano fueron iniciaciones de soñadores y visionarios. Muchos espíritus, aun de gente reputada culta, no se detienen nunca á pensar en lo que puede haber detrás de la superficie de las cosas. Su mirada resbala siempre sobre las rugosidades de la corteza de hechos que suponen definitivos...

¡Definitivos!... Esa palabra sola cuadra en el marco de una observación incompleta de las cosas. En su más profundo concepto no hay nada definitivo. Un ritmo de creación incesante y fecunda se dilata bajo apariencias más ó menos estables. La relativa permanencia de determinadas exterioridades sujetas, como todas las cosas de la vida, á modificaciones en veces rápidas y en ocasiones de suma lentitud, y, por consiguiente, poco visibles, contribuye á la formación de un criterio de estabilidad, de cierta estática, que supone equivocadamente en los hechos una invariabilidad que están muy lejos de poseer. Corriente impetuosa y de cambiantes aspectos, la vida

corre, corre incesantemente en el tiempo insondable y eterno, y nosotros con ella. Nada permanece estable. La fugitiva hora presente es ya diferente á la que acaba de hundirse en los abismos del tiempo...

Nada impide, pues, que el sueño aparentemente inasequible de hoy sea la realidad iluminada del mañana. Factores que no vemos en el minuto presente pueden presentarse y hacer irrupción en el momento oportuno para determinar el hecho anhelado. Para muchos prácticos de la pasada centuria la unidad germánica y la unidad italiana eran cosas irrealizables. Y hoy las vemos cumplidas, irguiéndose con el esplendor de las cosas relativamente perdurables. ¿Quién quita que así no acaezca con la ansiada y necesaria unidad hispano-americana?... A mi lado, la misma voz escéptica sigue diciendo: Sueños, visiones... ¿Y bien? ¿Y qué? Sueños de esa especie, aun siendo de imposible realización ó poco menos, sirven para dar á la vida orientaciones nobles y provechosas. ¿Acaso esa vida no es otra cosa sino un sueño febril, un sueño alegre ó triste, atormentado ó sereno, que transcurre rápido, bajo la caricia del sol y la pálida luz de las estrellas, en un ambiente perpetuo é insondable de misterio?... La verdad, la belleza, ¿no son también ilusiones fugitivas, creadas para hacernos más atractivo é interesante este mundo de apariencias, hasta que venga la muerte, pálida diosa, á depositar en nuestra

frente el beso helado de la liberación suprema?...  
"Hechos estamos—dice Próspero en el drama shakesperiano—de la substancia misma de nuestros sueños, y un sueño encierra nuestra corta vida“...

### MONTALVO

He ahí una de las figuras más grandes y prestigiosas de América. Es digna de honda admiración por todos conceptos. Atesora la majestad solemne y edificante de una vida de austera probidad, en que por ningún lado se columbran salpicaduras del lodo de cosas mezquinas y bajas. Mantuvo dignamente un gesto de vibrante protesta, de irreducible rebeldía, frente á instituciones retrógadas y á tiranías ensoberbecidas. Su plumaviril fué resplandor que ilumina y látigo que azota. El conservadorismo ecuatoriano, teocrático y absorbente, le contó de continuo en el número de sus más irreducibles adversarios. El ensayo de Rodó acerca de Montalvo tiene magníficas pinceladas, principiando por la descripción de Ambato, la ciudad natal del gran escritor, y por el fiel relato de las peculiaridades físicas y sociológicas del ambiente de la urbe en que se desenvuelve su existencia. De Quito, lo mismo. Lo

característico y pintoresco de la sociedad quiteña en el primer tercio de la pasada centuria aparece ante nuestros ojos absortos con todo su propio y vivo colorido. Sobre todo, ¡qué bien observada la psicología individual y colectiva del indio!... “Es triste esa vasta plebe cobriza—dice—, caldera donde se cuece toda faena material, escudo para todo golpe, y, aún más que triste, sumisa y abatida. El implacable dolor, el oprobio secular, le han gastado el alma y apagado la expresión del semblante. El miedo, la obediencia, la humildad, son ya los únicos declives de su ánimo...”

En no recuerdo qué pasaje de uno de sus libros, dice Montalvo: “Si se escribiera la historia del indio en el Ecuador, haría llorar al mundo...” Hablando del indio en el Perú dice la distinguida escritora Mercedes Cabello de Carbonera: “Tristes y silenciosos, han adoptado el color negro para sus vestidos, hechos de burda tela que ellos mismos fabrican, y ese luto diz que lo llevan por la muerte del inca.” Si en Méjico una parte de la raza india, moldeada y educada por una civilización superior, ha demostrado una alta potencia de asimilación, como lo demuestra, entre otras figuras de notable relieve, la excelsa de Benito Juárez, bien puede afirmarse que en algunas regiones de Sur-América sigue formando rancho aparte, aislada, sin apreciable contacto con el adelanto social, especie de paria, de casta despreciable, incapaz de mejoramiento. Triste des-

tino el de los dueños de este Continente. Exterminados en las Antillas, acosados como bestias feroces en las regiones septentrionales y vegetando en casi todo el resto del Continente, en la somnolencia de un embrutecimiento secular que no deja concebir la más leve esperanza de un desenvolvimiento intelectual y moral capaz de alzar esa raza degenerada á más nobles y racionales destinos. ¡Ah! Más valiera que durmieran como los pobres indios antillanos, en el mar sin orillas de la muerte, bajo una espesa capa de olvido, que no vivir así, si eso es vida, miseria fisiológica que en algunas partes va paulatinamente extinguiéndose, algo que pudo ser pujante factor social y que sólo es montón humano que los descendientes de los conquistadores ven con reprobable menosprecio ó pisotean con crueldad inaudita.

En tres aspectos puede condensarse la síntesis de la personalidad espiritual del insigne Montalvo: como pensador, como estilista, como paladín irreducible de las libertades públicas. En la amplia profundidad del concepto—Rodó lo hace entrever entre líneas—no puede considerársele como un verdadero pensador. “Cuando le sale al paso—observa—una idea accidental, jamás la aparta, ni la reprime, ni la urge, sino que se le entrega del todo y la sigue, mientras ella da pábulo á la fantasía, ó mientras no acude una idea nueva á torcer otra y otra vez su curso, como en esas carreras anhelantes y sin rumbo que en los cuentos de

hadas tienen por guía el vuelo de un pájaro maravilloso, ó el rodar de una piedra animada de una magia interior. Si se intenta reducirlo á substancia y á orden dialéctico, el pensamiento fundamental comparece, flaco y escaso, de entre el follaje de las digresiones“...

En la totalidad de la obra de Montalvo, aquí y allá, saltan, deslumbrando, como chispazos de ideas geniales, como fragmentos de conceptos, como partes ó porciones de ideas generales; pero á menudo, por exigencias de método, ó, mejor dicho, por ausencia de método, las ideas, en su proceso lógico, aparecen como parcialmente contorneadas, sin esos lineamientos precisos que forman la fisonomía de una concepción mental de verdadero relieve y contribuyen á fijar su representación intelectual, susceptible siempre de ensancharse en determinadas proporciones. Su parentesco con Montaigne, si bien se mira, estriba en ciertas analogías de procedimiento, sin nada de profunda similitud. El pensamiento en *sí*, la idea general enlazándose en concatenación lógica con otras similares, á la manera de Taine, para realizar una construcción mental más ó menos estable, de más ó menos plasticidad central, fundamental, es cosa rarísima en Montalvo. El hilo que enlaza unas ideas con otras se rompe casi siempre en sus manos. De ahí la característica falta de unidad de algunos de sus ensayos. De ahí la ausencia de una visión de serenidad ecuá-



nime, de virtualidad platónica, que es como forma de delectación morosa de almas selectas formadas para el cultivo puro y sereno de las ideas.

En Montalvo, el estilista y el paladín de la libertad parecen relegar en segundo término al pensador. La artificialidad deslumbrante de su estilo no impide casi nunca cierto derroche de espontaneidad individual de personalísima repercusión. No tiene rival en América en cuanto toca al conocimiento adquirido en las mejores fuentes de las excelencias y primores del habla castellana. En pleno siglo XIX, escribe como el mejor hablante de los buenos tiempos de la Literatura española. Quiere, ó parece querer, una restauración de valores idiomáticos. Rodó aprecia con muy sano y discreto criterio la obra de restauración idiomática de Montalvo. "La prosa de Montalvo—afirma—es mucho más admirable en su singularidad que como norma y tipo adecuado para propagarse. Aquella prosa ha de juzgarse como una bella forma extinguida..." A distancia de siglos, pienso yo, tales cosas, por más meritorias que sean, caen siempre en frío. Aun admirando el trabajo que semejante empeño aquilata, confieso que no son de mi gusto tales resurrecciones arcaicas. Si, como dijo una célebre escritora, hay que enjuagarse de cuando en vez la boca con el vino de los clásicos, esto, en cuanto se refiere á cosas de la lengua, debe siempre entenderse de limitada manera. No pueden vivir

los idiomas como encerrados en ánforas de corte clásico, sino en pleno sol, modificándose conforme á ciertas variaciones de temperatura moral, á formas y maneras de desarrollo social. Nunca serán populares las obras de Montalvo. Serán siempre solaz y deleite de una *élite* de sibaristas y de refinados, únicos capaces de gustar la prodigiosa riqueza de su obra en lo que atañe á giros, matices y filigranas lingüísticas y sintáxicas...

Esa obra de restauración idiomática no es, ni con mucho, inútil en uno que otro de sus aspectos. "Aunque esa obra—apunta Rodó—sea en su conjunto singular é incommunicable, ¡cuánto que aprovechar en ella, cuánto que mantener y restituir al comercio del habla, en ese vasto tesoro levantado del fondo del tiempo, como del fondo del mar los despojos de su galeón de Indias! Por eso el arcaísmo de Montalvo puede considerarse, en muchos de sus elementos, obra viva; antecedente capaz de felices sugerencias para el intento en que ahora estamos empeñados de devolverle á la prosa castellana color, resalte y melodía, y de henchirla de sangre y encordarla de nervios, consumando una reacción que ni los románticos llegaron más que á demediar en la sintaxis y en el léxico..." Rodó ve en Montalvo algo del fervor del coleccionista, "y el gusto, como el discernimiento de cualquier especie de valor positivo—asegura con perfecto fundamento—, no son medidas que regulen el peculiar criterio del

coleccionista para la valuación de las cosas en que se complace...”

De Montalvo quedará siempre en pie, erecta, con gesto de desafío, su figura arrogante de luchador, de forjador de rayos destinados á pulverizar engreídas tiranías y muchedumbres proster-nadas ante ídolos de barro. “Cuando en un cercano porvenir—dice Rodó al terminar su magis-tral estudio—los pueblos americanos pongan en acervo común las glorias de cada uno de ellos, arraigándolas en la conciencia de los otros, la imagen de Montalvo tendrá bustos y cuadros que la multipliquen en las bibliotecas y universidades de América...” Alguna elevada ladera del Chimborazo, á mi juicio, sería el mejor sitio para el pedestal en que se elevase, hecha de bronce ó de mármol, la estatua del luchador egregio que supo condensar de insuperable manera la noble indignación de su espíritu rebelde en las páginas fulgurantes de sus tremendas *Catilinarias*...

#### JUAN MARÍA GUTIÉRREZ Y SU ÉPOCA

Es el más extenso de los interesantes estudios que contiene *El mirador de Próspero*. Alrededor de esa curiosa é interesante figura exhibe otras de igual ó parecida importancia, de manera que

este discreto y sencillo ensayo resulta como un capítulo bien documentado de la historia del desenvolvimiento intelectual en la América latina. Siempre he pensado que nadie mejor que Rodó para escribir esa historia, con su sereno espíritu analítico, exento por entero de dogmatismos é intolerancias. El empeño no es tan fácil, que digamos. Esa historia, en el momento actual, no podría ser, en realidad, sino un agrupamiento metódico de datos bien seleccionados y de juicios de carácter fragmentario bien aquilatados dentro de un criterio de amplio y jugoso conocimiento de los factores que han presidido, y aún en parte presiden, ese desarrollo intelectual, ya que aún no ha sonado la hora de que el desenvolvimiento de referencia, por su carácter de cierta incoherencia, en extremo fraccionado, pueda aspirar á una integral unidad, á una visión amplia y segura de conjunto, á lo que debe tender toda crítica como finalidad necesaria: al establecimiento de una síntesis total más ó menos satisfactoria y completa.

En el americanismo literario, en el completo sentimiento de la naturaleza y de la historia americanas, se encuentran las fuentes principales de una renovación intelectual en que, aun predominando en ciertos momentos, respectivamente, formas clásicas ó románticas, se evidencia la marcha ascendente hacia la conquista de una personalidad literaria autónoma. Rodó define clara y

expresivamente lo que entiende por americanismo literario. Justo es detenernos en este punto para considerarlo en sus fundamentales aspectos, ya que ese americanismo constituye la orientación actualmente más acentuada de la joven literatura hispano-americana. No constituye todavía un cuerpo preciso y bien definido de doctrina; pero establece ya con vigorosa lógica los puntos principales que vincula y las bases de natural desenvolvimiento en que se asienta. "De los ensayos de aquel tiempo—señala Rodó—procede el impulso original de americanismo que, persistiendo hasta nuestros días, ha compartido con las más exóticas tendencias de la imitación el interés de nuevas generaciones, y mantiene, en todas partes de América, un movimiento literario que se propone dirigir principalmente la atención del escritor á los cuadros é impresiones de la Naturaleza, á las formas originales de la vida en los campos donde aún lucha la energía del retoño salvaje con la savia de la civilización invasora, y á las leyendas del pasado, en que infunden su cándida y heroica poesía los albores históricos de cada pueblo."

"Atribuir el significado de una afirmación del espíritu de nacionalidad á la preferencia otorgada á esos y otros análogos motivos, no envuelve una idea falsa, pero sí una idea que requiere extensión y complemento. Es indudable que el carácter local de una literatura no ha de buscarse

sólo en el traslado de los colores de la naturaleza física, ni en la expresión pintoresca ó dramática de las costumbres, ni en la idealización de las tradiciones con que teje su tela impalpable la leyenda para decorar los altares del culto nacional. Más extensa, más varia, es la raíz que anuda la creación del poeta al suelo donde se produce. En la representación de las ideas y los sentimientos que flotan en el ambiente de una época y determinan la orientación de la marcha de una sociedad humana; en la huella dejada por una tendencia, un culto, una afeción, una preocupación cualquiera de la conciencia colectiva, en las páginas de la obra literaria, y aun en las manifestaciones del género más íntimo y personal cuando, sobre los signos de la genialidad del poeta, se estampan los de la índole afectiva de su pueblo ó de su raza, el reflejo del alma de los suyos, puede buscarse, no menos que en las citadas formas, la impresión de aquel sello característico. Además no es tanto la forzosa limitación á ciertos temas y géneros, como la presencia en lo que se escribe de un espíritu autónomo, de una cultura definida, y el poder de asimilación que convierte en propia substancia cuanto la mente adquiere, la base que pueda reputarse más firme de una verdadera originalidad literaria."

Así, de esa manera, en esa acepción amplísima, en un espíritu de acentuada flexibilidad, en una facultad elástica de adaptación consciente,

sin mengua ni menoscabo de la substancia primitiva, de la originalidad fundamental cuya esencia debe conservarse inmóvil y sin desgastes en medio del dinamismo circunstancial, es que entiendo y preconizo fervorosamente el americanismo literario. Conservando lo esencialmente autónomo que entraña, que lleva en sí, que íntimamente lo caldea é intensifica, necesita para vivir, no una vida artificial y hueca, sino potente y robusta, aceptar sin temores ni titubeos la adaptación real, consciente, metódica y progresiva, á resalantes y muy prolíficos aspectos de la existencia moderna. Ningún ideal de bien definida civilización se desenvuelve ó puede desenvolverse actualmente en un sentido de limitaciones ó de restricciones. Hay que aceptar la vida tal cual se nos ofrece, tal como es, sin pretender en ningún caso desfigurarla á nuestro antojo. El americanismo literario, para alcanzar un grado de cultura que corresponda en un todo á necesidades y exigencias del proceso dinámico de la vida, debe inflexiblemente moverse en un ancho y dilatado espacio, en que caben sin molestarse cuantos factores se requieran para la consecución de las más fructuosas finalidades de la obra que persigue noble y ahincadamente. Se exterioriza ó debe exteriorizarse en un *devenir* constante; que no es ni puede limitarse á un *llegar á ser* propio de la abstracción metafísica, sino el propósito de encarnarse en formas reales y sucesivas de la

actividad creadora. "Una cultura novel y fundada en libertad—sostiene expresivamente Rodó—sólo va en camino de ser fuerte cuando ha franqueado la atmósfera que la rodea á los *cuatro vientos del espíritu*. La manifestación de independencia que puede reclamársele es el criterio propio que discierne de lo que conviene adquirir en él modelo, lo que hay de falso é inoportuno en la imitación."

Claro está que en nuestra época de inquietudes y zozobras, frente á pavorosos problemas de carácter netamente social, ni el arte ni ninguna manifestación activa de la vida pueden limitar su esfera de acción á asuntos propios del medio en que actúan, sino deben ampliarla cada vez más, de modo que nada absolutamente les sea extraño de lo que al sér humano se refiere. Si al escritor americano hay que exigirle un amplio sentido de las peculiaridades locales en que se mueve, de las realidades que lo circundan y dan inmediato pábulo con su sugestión constante y su privativo colorido á las creaciones de su fantasía, no menos debe pedírsele una inclinación decidida á lo que es en cierto grado superior á esas cosas de afinidad estrecha, á una vinculación lo más íntima y cordial posible, con modalidades espirituales de otros pueblos, sobre todo en las expresivas de tendencias que implican la realización de propósitos de alto interés individual y general. Los aislamientos desdeñosos, aparte de probar



una mentalidad superficial, un concepto muy unilateral de las cosas, paran siempre en resultados en extremo deplorables para el organismo social. "Entonces, como ahora—dice—, el americanismo de paisajes, tradiciones y costumbres, si bien era incapaz de dar la fórmula de una cultura literaria que abarcase toda la substancia poética é ideal de nuestra existencia, que satisficiera todas las aspiraciones legítimas de nuestro espíritu, representaba una parte necesaria, y la más fácilmente original, dentro de la complejidad de una literatura modelada en un concepto más amplio; y aun con mayor oportunidad ahora que entonces, él se adapta á un interés de la realidad social, por lo mismo que aumenta progresivamente el arraigo de los temas más universales, y que en esas ráfagas de antigüedad y de naturaleza pueda venir cierta virtud tónica y salubre para la conciencia de pueblos un tanto descaracterizados por el cosmopolitismo y un tanto negligentes en la devoción de su historia."

En párrafos jugosos, nutridos de oportuna y discreta erudición y de puntos de vista perfectamente escogidos, expone Rodó con vigorosa argumentación las causas que, á su juicio, determinan los orígenes del desenvolvimiento intelectual en estos pueblos de civilización ibérica. En los países del Plata, como en todos los demás de América, el romanticismo, por su empeño de rebeldía contra viejos cánones y por su indiscuti-

ble potencia innovadora, aportó gérmenes copiosos de transformación ó de necesarios rejuvenecimientos. Contribuyó grandemente á acentuar la tendencia americanista en el abierto palenque de las letras. "Estaba en las afirmaciones y en los ejemplos del romanticismo—expone—la benéfica idea de la nacionalización de las literaturas. Reaccionando contra la unidad del modelo insustituible y del precepto inviolable, aquella gran revolución reemplazaba con la espontaneidad que condujese á cada pueblo á la expresión de su carácter propio la imitación que á todos les identificaba en la misma falsedad; y oponía la filial vinculación del verbo literario con lo del suelo, la época y el uso, á la abstracción de un clasicismo que, indiferente á toda realidad determinada, presentaba el tipo universal por norma de arte y aspiraba, no á la reproducción directa y concreta de las cosas, sino á la significación de la verdad ideal depurada de todo accidente, vale decir, de todo rasgo local, de toda peculiaridad histórica, de todo relieve de originalidad."

Necesario se hace confesar que, aun pasado ya, en mucha parte, el necesario período de imitaciones y tanteos, aun moviéndose ya su actividad mental en un propósito de creación literaria lo más autónoma posible, en exhibición creciente de producciones de cierta innegable originalidad, la joven literatura de Hispano-América no ha alcanzado, ni con mucho, el grado de madu-

rez necesario para que resplandezca como acervo intelectual en que un característico ideal de americanismo predomine con señorial autonomía. "Juan María Gutiérrez—dice—se consagró á reivindicar para la América de su tiempo, en la obra de las generaciones que precedieron á la suya, los títulos de un abolengo intelectual desconocido ó desdeñado. La afirmación de la existencia y del relativo valor de ese abolengo fué inspiración constante de su vida, inagotable estímulo de su labor." En *mi* nacionalismo, en el que sustento aquí, en Santo Domingo, con fe de creyente en su virtualidad fecundadora, hay los elementos necesarios de carácter intelectual y ético para afianzar en estos países centrales de América—amenazados de continuo por la rapacidad yanqui y más aún acaso por sus pugilatos intestinos—un imprescindible concepto de vida independiente y libre. En ese nacionalismo, de ilimitada amplitud, impregnado de efluvios de muy pronunciado carácter humano, sin exclusivismos regionales ó de campanario, compenetrado de las ideas de renovación que mueven el mundo, idéntico en un todo, en sus principios y en sus fines, al americanismo tan magistralmente expuesto por Rodó, se encuentra para mí lo único que pueda dar caracteres de indiscutible originalidad á una literatura fundamentalmente hispano-americana.

Para que ese ideal se acentúe y cobre mayor

vuelo, debemos los escritores de América tender á un acercamiento intelectual cada vez más íntimo y fructuoso. Salvo resalantes excepciones, no nos conocemos como fuera deseable. Nuestro conocimiento es muy superficial. Nuestras relaciones son tardías, escasas é incompletas. Refiriéndome al movimiento intelectual rioplatense—tan acertadamente juzgado por Rodó en su primera época—, si aquí conocemos con relativa exactitud, por ejemplo, la labor mental de Ingenieros, Bunge, Carlos Reyles, Ricardo Rojas, Lugones, Aymerich, Giusti, Melian Lafinur, Manuel Gálvez, bien puede afirmarse que nos es enteramente desconocida ó poco menos la porción de ese movimiento á que se contrae el estudio de Rodó, pues de sus figuras representativas sólo conocemos, á lo que recuerdo ahora, las estrofas centelleantes de Mármol, su *Amalia*, el *Facundo* de Sarmiento, algo de Alberdi, nada del Echavarría que con tan particular relieve se destaca en las instructivas páginas de este interesantísimo estudio. Lo que sí es popularísimo en estas latitudes — aunque ya de publicación posterior á la de la obra de los escritores mencionados— es *Tabaré*, el magnífico poema en que Zorrilla de San Martín condensó con doliente y duradero ritmo las acerbas nostalgias y los torturantes dolores de una raza moribunda. Una excelente revista de Buenos Aires, *Nosotros*, contribuye actualmente á dar á conocer en estos

países algunos intelectuales argentinos de muy acentuada y singular valía.

### DEL TRABAJO OBRERO EN EL URUGUAY

En la bella é interesante colección de ensayos y de artículos que forma *El mirador de Próspero* no ha faltado quienes hayan pensado que disuena, que se sale del marco, el importantísimo trabajo consagrado á la crítica amplia y concienzuda de una ley propuesta por el Gobierno uruguayo acerca del trabajo obrero en aquel país. No veo en ello motivo que justifique una censura. Muy al contrario. El concurso de todas nuestras actividades intelectuales debe ponerse sin excepción, en su cabal integridad, al servicio de cuanto, por cualquier sentido, amerite un propósito de gradual y positivo mejoramiento. Aunque el socialismo uruguayo no haya llegado, ni con mucho, á la fase aguda, al estado de exacerbación que ofrece á menudo en los grandes centros de población de Europa, no puede escaparse á ningún espíritu de amplia cultura, á ningún estadista previsor, á nadie que observe con viva atención estas cosas de tan vital importancia, la conveniencia de ir avizorando con tiempo las medidas legislativas que, en lo posible, regularicen y

determinen, por su virtualidad legal, el funcionamiento ordenado y científico del conjunto de relaciones de orden económico en que se asienta toda forma de organización jurídica que tienda á eliminar conflictos, armonizando las tendencias siempre absorbentes del capital con las justas reivindicaciones de la clase obrera. En este trabajo demuestra Rodó concienzudo estudio de la evolución del socialismo en sus aspectos más culminantes y complejos, y aporta ideas cuya aplicación práctica podría en gran parte dulcificar, atenuar, modificar acaso radicalmente la crudeza de leyes injustas todavía vigentes...

Ha hecho bien Rodó en dedicar, siquiera momentáneamente, su clara inteligencia al examen de estos difíciles y palpitantes problemas. Arte y utilidad—dice él mismo al terminar ese jugoso y bienintencionado trabajo—pueden ir bien de compañeros entre nosotros, por cuanto tienen intereses convergentes y enemigos comunes. Una actividad gloriosa los identifica dentro de una capacidad única: el Trabajo, ó, llamándolo con nombre aún más grande y más sagrado: la Vida, en cuyos altares hemos de inmolar todos los odios, todas las preocupaciones del pasado, todas las influencias de esterilidad, de estancamiento y de muerte...“ Ya sé que se quisiera ver siempre á Rodó como sacerdote apolíneo, recluso en templo marmóreo, en gesto de perpetua devoción á serenos y hermosos idealismos. Se le

quisiera ver pontificando únicamente en nombre de la Verdad y la Belleza, diosas permanentes de su espíritu, vuolto de espaldas á las realidades de la vida, con los ojos cerrados á la tormentosa realidad exterior, á las voces clamorosas de las muchedumbres hambrientas... Pero él no es sólo forjador de ideas de prolífica transcendencia, no es sólo artista embriagado en una perpetua visión de belleza: es humano, es hombre en la más noble integridad del concepto, y nada de lo que al hombre toque puede serle indiferente, como reza el verso de Terencio, y por eso nada más edificante, nada más bello, nada más excelso que verle descender, paladín gallardo de nobles reivindicaciones, á la candente arena en que se debaten ruidosamente los más arduos y pavorosos problemas de la civilización contemporánea.